LITORALPRESS

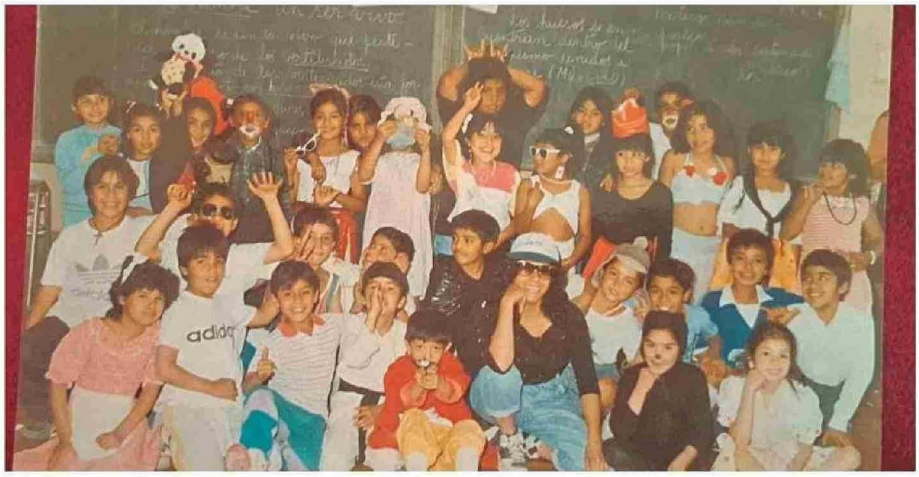
Fecha: 25-07-2025
Medio: El Mercurio de Antofagasta
Supl. : El Mercurio de Antofagasta
Tipo: Noticia general
Título: "Los pampinos tenemos un sello único, un ADN propio ... Encontrarse con otro pedrino es sentirse con un hermano"

Pág. : 20
Cm2: 441,6
VPE: $ 892.814

Tiraje: 5.800
Lectoría: 17.400
Favorabilidad: No Definida

Patricia Ormeño Olivares:

"Los pampinos tenemos un sello único, un ADN propio... Encontrarse con otro pedrino es sentirse con un hermano"



CURSO 2 B: FINALIZACIÓN AÑO ESCOLAR 1989 EN LA ESCUELA DE PEDRO DE VALDIVIA.

Nació en plena calle Independencia, bajo el cielo estrellado del desierto. Patricia Aurora Ormeño Olivares lleva 68 años atesorando sus recuerdos de la oficina salitrera Pedro de Valdivia.

Hija de una familia numerosa y criada entre calles polvorientas, juegos imaginarios y el esfuerzo inquebrantable de sus padres, Patricia Ormeño no solo creció en la pampa: vivió allí de manera continua durante 22 años y, luego, durante ocho veranos más, regresó como visitante con su familia, pasando dos meses al año en su terruño amado.

Volvió después como profesora, formó generaciones de alumnos, líder de causas sociales y guardiana de una memoria que hoy resiste al olvido.

Su historia es la de miles de pampinos, pero también es única: una vida forjada en medio del desierto más árido del mundo, con los valores del compañerismo, vocación, dignidad y el amor por su tierra.

¿Dónde vivió específicamente y qué significó para usted?

-Viví en Pedro de Valdivia desde que nací. Soy pampina, nací un 18 de enero de 1957 de madrugada en plena calle Independencia, porque mi madre no alcanzó a llegar al hospital. Mi padre, emocionado, me puso como segundo nombre Aurora. Mi infancia la pasé en la calle María Elena N°71 y más tarde nos cambiamos a Angamos N°111.

'Pedro' fue muchas cosas para mí: significó tener una infancia feliz, rodeada del cariño inmenso de mis padres, vivir juegos llenos de imaginación, ver amaneceres y noches estrelladas únicas. Fue ver el esfuerzo diario de mi padre por llevar el pan a casa y de mi madre por criarnos con amor. Fue crecer con dignidad, aunque sin grandes lujos.

¿Qué experiencias marcaron su paso por la pampa?

-Mi paso por la pampa fue tan profundo que incluso regresé como profesora, ya con esposo e hijos. Fueron 24 años en Pedro de Valdivia, ejerciendo mi profesión con vocación y entrega. Fundé la Academia de Teatro Arlequín, donde con mis estudiantes y colaboradores montamos obras como 'El Flautista de Hamelín', 'Pinocho', 'La Isla del Tesoro', entre otras.

Junto a mi esposo, trabajamos activamente en la campaña del No, un momento clave para nuestra historia democrática. Todo eso me marcó: educar, luchar, crear, volver con mis hijos y ver cómo también se empapaban de esa esencia pampina.

¿Crecer en la pampa forjó su carácter?

-Totalmente. La pampa me enseñó a ser fuerte, a luchar contra viento y marea. Vivir en el desierto más árido del mundo no era fácil, pero todo lo que teníamos -electricidad, agua, vivienda- se valoraba profundamente. Aprendí la responsabilidad, el respeto por el esfuerzo ajeno y el amor por la tierra que me vio nacer. Esa fortaleza la transmití también a mis hijos y alumnos.

¿Cuáles son los recuerdos que tiene de esos años?

-Recuerdo a mi madre llevándome al médico, los juegos en el patio, las calles llenas de infancia, las idas a la pulpería con ella. También los sacrificios familiares, como cuando tuvimos que venirnos a Antofagasta para estudiar, porque ya no podíamos costear pensiones para tantos hermanos. Mi padre quedó en la pampa y viajábamos cada semana para verlo. Volver en vacaciones era lo mejor: compartir con otros adolescentes, las piscinas, las conversaciones, las fiestas por la tarde.

¿Qué lugares siguen en su memoria?

-Recuerdo cada calle de Pedro de Valdivia, las piscinas (obreros, empleados, directivos), el hospital, el teatro, el cine con sus películas de vaqueros, la pulpería y su variedad de productos. También la oficina de tiempo y pago, donde acompañaba a mi madre a cobrar el 'suple', que era el pago del dinero del anticipo que recibían los trabajadores en forma quincenal. Recuerdo los bailes populares, las misas en la iglesia Santísima Trinidad, donde me casé y donde dos de mis hijos hicieron su primera comunión. El río Loa, las salidas con mi familia.

¿Algún pampino fue un ejemplo para usted?

-Sí, mis padres fueron mis grandes ejemplos. Mi padre, Jorge Ormeño Mercado, trabajador incansable que dio su vida por la pampa. Jubiló en 1978 y falleció tres años después. Mi madre, Ana Olivares, mujer esforzada, tesonera y amorosa. De ellos heredé mis valores más profundos.

¿Qué gustaría comentar sobre lo especial de la pampa?

-Que los pampinos tenemos un sello único, un ADN propio. Que encontrarte con otro pedrino es como encontrar a un hermano. Compartimos olores, paisajes.

La pampa era una forma de vida, irrepetible. Vivíamos en comunidad, todos se conocían, se saludaban. Las casas hoy muchas están destruidas, lo que duele. A quienes no vivieron ahí, les digo que fue un mundo aparte. A los que sí, un saludo fraternal y un abrazo lleno de memoria. Gracias por compartir esta historia.